Sin novedad en el alcázar

Por el Coronel Arturo Bray

Sobre las ásperas y pardas tierras de Castilla, encaramada en un cerro y con el río de profundo cauce a sus pies, álzase la imperial ciudad de Toledo, que el rey don Alfonso VI mandó reedificar en el sitio de una antigua fortaleza de los romanos, para establecer ahí una fuerte guarnición a cargo de Rui Díaz de Vivar, el legendario Cid de las estupendas hazañas. Con sus cien torres que apuntan como agujas hacia la límpida bóveda castellana, en sobria conjunción de oro y azul, y ceñida por las plomizas aguas del Tajo, río de larga estirpe que en su mansedumbre parece presentir ya su sosegado morir en aquella su majestuosa desembocadura de Lisboa, es Toledo más que ciudad de España, España misma, cuerda vibrante de su historia, que ahora y siempre ha de servir para cantar y contar las proezas de un pueblo, que se renueva sin tregua en su dolorido afán de seguir viviendo.

Merecida tiene Toledo su alcurnia imperial, no sólo porque allí plantaron sus lanzas y edificaron sus castillos emperadores y reyes, sino por la pátina de siglos que santifican sus piedras con añoranzas de imperio y substancias de poemas, por la arrogancia de sus monumentos y capillas, estatuas, puentes y minaretes; por su Posada de la Sangre, donde es fama que Cervantes escribió "La Ilustre Fregona" y la Casa del Greco, llena de valiosísimos lienzos de aquel genial cretense; por su Cristo de la Vega, el del brazo derecho desclavado de la cruz, inmortal leyenda que cantó Zorrilla, en magníficos versos; por su soberbia catedral, siete veces centenaria, corazón y sentido de la catolicidad española, cuajada de arte, de historia y de riquezas sin cuento—el manto de la Virgen del Sagrario, ostenta ochenta mil perlas, y de la nave central cuelgan los pendones capturados a los infieles en Lepanto—rematándolo todo su ábside pentagonal, que no parece que fuera construído por hombres, sino sostenido por ángeles, así es de bella y armoniosa su arquitectura; por su Casa Consistorial, también fundada por Alfonso VI y reformada luego por Juan II y los Reyes Católicos, donde una lápida guarda en caracteres góticos, las conocidas quintillas atribuídas a Jorge Manrique:

Nobles, discretos varones
Que gobernáys a Toledo
En aquestos escalones
Desechad las afysiones
Codicias, amor y miedo.

Por los comunes provechos
Dexad los particulares
Pues vos fixo Dios pilares
De tan riquísimos techos
Estad firmes y derechos.

Fué Toledo cuna de santos y santas, de artistas y de reinas, de guerreros y de hombres de letras; allí nacieron Santa Leocadia, San Ildefonso, San Eladio, Santa Obdulia, Santa Casilda, San Fulgencio, don Alfonso X, llamado el Sabio, doña Juana la Loca, Catalina de Aragón, esposa de Enrique VIII de Inglaterra, Garcilaso de la Vega, y tantísimos otros. Y fué también, durante siglos, la capital de las Españas, hasta que Felipe II trasladó la Corte a Madrid, en 1561, desoyendo aquel consejo de su padre, Carlos V: "Si quieres conservar tus reinos deja la Corte en Toledo; si quieres aumentarlos, llévala a Lisboa; pero si no te importa perderlos, transfiérela a Madrid."

—o—

Guarda hoy Toledo una gloria más, gloria de escombros y de ruinas índice maldito de la ferocidad humana, saldo y colofón de ese desvarío colectivo y mortal pasatiempo de los hombres, que es la guerra: el Alcázar. Morada y afecto que fué de Carlos V, elevaba el Alcázar de Toledo su robusta y dominante mole sobre Zocodover y El Tránsito, oteando la villa señorial de callejas silenciosas y torcidas, cargadas de ensueño y enfermas de imperiales nostalgias.

Convertido más tarde en Academia de Infantería, en el Alcázar formáronse aquellos oficiales que, en diversas latitudes y distintas épocas, prestaron lustre al arma—reina de las batallas, entonces como ahora—y a España dieron todo lo que un soldado puede dar de más de alto y más noble: el sacrificio de la vida.

De todo aquel inmenso altar de piedra sólo queda una ruina, solemne en su villana destrucción, como un enorme y pesado esqueleto, del que han huído las carnes. Al penetrar en aquel recinto herido y sangrante, hay que descubrirse y poner en ello la señorial reverencia de un conmovido y silencioso homenaje, porque el Alcázar es un templo del valor militar, donde cada piedra arrancada de su quicio es testigo mudo de una hazaña, y cada rincón de sus lóbregos subterráneos un canto al dolor de España. No es dado andar por allí sin que la emoción arranque del pecho y se suba a los ojos.

Tras de subir una empinada cuesta, llegamos a lo que fué puerta principal de la fachada Norte, para entrar en el patio central, llamado también de Carlos Quinto. Tropiezan la vista y el alma, de buenas a primeras, con un tendal de escombros: altos y nobles paredones derribados en tierra, restos informes de arquitrabes y cornisas, siembra de cristales y maderos hechos trizas, moles de piedra desgajadas de columnas y pilares. Y en medio del patio, como un monstruo herido de muerte, la estatua del flamenco emperador, desplazada de su pedestal por los primeros cañonazos del enemigo, pero incólume su figura de bronce. De aquel pedestal, la furia del hombre no ha podido borrar las palabras de Carlos V: "Quedaré muerto en Africa, o entraré vencedor en Túnez", se lee de un lado, y del otro: "Si en la pelea veis caer a mi caballo y a mi estandarte, levantad primero a éste que a mí". De volver a la vida el refugiado de Yuste, pudiera su orgullo solazarse en aquellas inscripciones, hoy refrendadas por quienes de su gloria y de su espíritu, empujes sacaron para esta rúbrica de afligido esplendor que es el Alcázar de Toledo.

Imposible ascender por la noble y ancha escalera de honor—obra magistral de Villapaldo—porque el derrumbe del techo, entre una masa informe de esparcido granito, cierra el paso. Hay que escurrirse por las galerías, descender a los sótanos por angostas y húmedas escalerillas de piedra, y sumergirse en las entrañas del Alcázar, en el alma misma de este palacio y fortaleza, donde todo está obscuro y tétrico, donde parece que todavía ronda la muerte y acecha el dolor. Por allí se llega al Simplón, antiguo subterráneo que pasaba por el torreón del Norte, y donde el coronel Moscardó, indoblegable jefe de la defensa, situó a sus mejores tiradores con misión de paqueo constante. Más allá damos con la piscina, que en tiempos felices fué sala de baño de los caballeros cadetes, y durante el asedio convirtiéndose en cementerio, cuando no fué ya posible seguir enterrando los cadáveres en lo que había sido picadero de la Academia y donde, una vez destruídos por el fuego enemigo los pisos superiores, buscaron refugio las 555 personas que componían la población civil del Alcázar, y que en él se habían reunido al ocupar los "rojos" la ciudad de Toledo; allí hacían vida en común con los últimos veinte caballos que sirvieron de alimento a aquella población. Para descender a aquellos sótanos, hay que marchar con cuidado, porque la oscuridad es espesa; percíbese entre negros cortinados de sombras, un hálito de muerte, que oprime y exalta, en desconcertante y tumultuosa sucesión de impresiones. Lóbregos y profundos son estos sótanos del Alcázar, en que buscaban reposo y relativa seguridad los agotados defensores, en las apretadas alternativas de la lucha despiadada; allí la vieja capilla, en que se veneraba una imagen de la Purísima, patrona de la infantería española, y que el asedio hizo se convirtiera en enfermería y sala de operaciones, sin luz ni agua suficiente, con manchas de sangre sobre paredes y colchonetas, y ahí arriba una ventana—que más parece una gatera—por donde se filtraba algo de sol y de aire, y muchos tiros de fusil y trozos de piedra, lanzados al espacio por la explosión de las dos tremendas minas con que el enemigo contó doblegar la última resistencia de los sitiados.

Deslizándose por profundidades de mazmorra, volvemos a ascender para llegar al despacho de Moscardó. Al iniciarse la guerra civil española los caballeros cadetes hallábanse de vacaciones y el coronel Moscardó preparaba en el Alcázar el equipo de atletas que había de concurrir a las próximas olimpiadas de Berlín. Al desatarse sobre Toledo el "terror rojo", refugiáronse en el recinto de la Academia todos aquéllos que se creyeron en peligro de muerte, si permanecían en la ciudad; un puñado de oficiales del ejército, algunos cadetes, Guardias Civiles, paisanos, Hermanas de la Caridad, mujeres y niños. Y allí se decidió resistir hasta la liberación, o hasta la muerte.

Adosada al muro de esta habitación, que el coronel Moscardó utilizó como puesto de mando en los primeros días del sitio, una placa de blanquísimo mármol registra la siguiente inscripción:

EL SANTUARIO DEL HEROISMO

"Aquí, en este despacho, tradicional de los Directores de las Academias "de Infantería y General Militar se desarrolló el hecho más culminante de la "historia del Asedio del Alcázar de Toledo.

"La histórica conversación sostenida el día 23 de julio, por teléfono, "entre
"El coronel de infantería, Gobernador Militar de Toledo, D. José Moscardó,
"Su hijo D. Luis Moscardó Guzmán, y
"El Jefe de las Milicias de Toledo,
"estando el primero en el Alcázar y los dos últimos en el Palacio de la Dipu- "tación Provincial, y cuyo texto es el siguiente, grabado en letras de oro en "las paredes de este santuario, como recuerdo imperecedero para las genera- "ciones futuras.

"El Jefe de Milicias: Son ustedes los responsables de las matanzas y crímenes que están ocurriendo. Le exijo que rinda el Alcázar en un plazo de diez minutos, y de no hacerlo así fusileramos a su hijo Luis, que le tengo aquí en mi poder.

El Coronel Moscardó: Lo creo.

El Jefe de Milicias: Para que vean que es verdad, ahora se pone su hijo al aparato.

Luis Moscardó: ¡Papá!

El Coronel Moscardó: ¿Qué hay, hijo?

Luis Moscardó: Nada. Que dicen que me van a fusilar si no rindes el Alcázar.

El Coronel Moscardó: Pues encomienda tu alma a Dios, da un grito de ¡Viva España! y muere como un patriota.

Luis Moscardó: Un beso muy fuerte, papá.

El Coronel Moscardó: Un beso muy fuerte, hijo mío.

(Dirigiéndose al Jefe de Milicias). Puede ahorrarse el plazo que me ha dado, puesto que el Alcázar no se rendirá jamás.

"A los pocos días, Luis Moscardó fué fusilado.

"Aquí tenéis el escenario.

"Aquí tenéis los personajes.

"Aquí tenéis los teléfonos y el hilo conductor.

"Los que tenéis la suerte de visitar esta habitación, descubríos ante el "héroe y dedicad una oración ante el Caído."

—o—

Andando entre escombros y derrumbes, surgen por todas partes vestigios que evocan la desolación y la tristeza, el desamparo y el aislamiento en que vivieron durante setenta días los 1.100 defensores y habitantes del Alcázar, entre ellos, 500 mujeres y 50 niños, sufriendo juntos los estragos de un nutrido fuego enemigo, y blanco incesante de cañones, morteros, bom-

bas de avión y lanzallamas, entre el estruendo y el polvo de los desmoronamientos, medio asfixiados, hambrientos y sedientos, sin otro consuelo que su fe de cristianos y su coraje de españoles.

Nueve mil disparos de artillería hizo el enemigo contra el Alcázar, y ocho denodados asaltos se llevaron contra él, con impresionante y frondoso acompañamiento de tanques, aviones y chorros de bencina ardiente y todo el fragor que representan 500 bombas de avión, dos mil petardos de dinamita, doscientas botellas de líquido inflamable, dos minas horadadas y estalladas bajo los mismos cimientos, y todo ello sin contar el continuo crepitar de fusiles y ametralladoras, que desde todos los puntos de la vecindad abrumaba a los sitiados. Doce mil eran los sitiadores, aguerridos, valientes y tenaces, con un imponente despliegue de material de guerra de todo género y calibre. A Toledo llegaban ministros y diputados, generales y comisarios del pueblo, a presenciar la rendición, tantas veces anunciada, y otras tantas desmentida. El Alcázar no se rendía.

A tres hombres se dejó penetrar en el Alcázar durante el sitio y con distintos fines. Núñez Morgado, Embajador de Chile y decano del cuerpo diplomático en Madrid, invistiendo la representación de sus colegas y con credencial de parlamentario, trató de convencer a los sitiados de la inutilidad de su resistencia, proponiéndoles la capitulación en las mejores condiciones aceptables y con razonables garantías para el cumplimiento de lo pactado, o a pactarse: se le contestó: "Tratar con Burgos, única autoridad que reconocemos". El Padre Vásquez Camarasá, notable orador sagrado de España, entró en el Alcázar, también bajo bandera de parlamentario, para celebrar misa y prestar auxilios espirituales a los sitiados; aprovechó aquella piadosa circunstancia para invitar a las mujeres a que con sus niños salieran de aquella fragua horrorosa, más nadie aceptó la invitación, y el sacerdote abandonó el Alcázar, mano sobre mano. Por último, el general Vicente Rojo, destacadísimo jefe republicano, realizó una visita a los sitiados, no se sabe a ciencia cierta con que objeto. Unos dicen que Rojo fué allá con la intención de quedarse y unirse a sus antiguos compañeros de armas, abandonando la causa que había abrazado más por imperativo de las circunstancias que por convicción arraigada, según se asegura. Sea como fuere, el general Rojo no se quedó en el Alcázar. Cuentan que salió de él con los ojos arrasados en lágrimas.

La defensa siguió sosteniéndose. Fabricaban candiles con la grasa de los caballos sacrificados para alimentarse. Molían trigo, extraído con riesgo de la vida de una casa vecina, por medio del motor de una vieja motocicleta, sin medicamentos, sin artillería ni medios apropiados de defensa, con el agua agotándose por momentos, sin un palmo de tierra donde enterrar a sus queridos muertos, aquellos españoles siguieron esperando la muerte o la liberación. Despilfarro de heroísmo hubo por ambos lados. Tan pronto un miliciano, desafiando ráfagas mortales, se llegaba a rastras hasta un sitio prominente, en plena línea de fuego, para plantar allí la bandera de la República,

cuando del otro lado se alzaba un "nacionalista" para derribar el lienzo y colocar en su lugar la enseña roja y gualda.

La liberación llegó cuando poco faltaba para que todo aquéllo terminara en una matanza sin piedad, agotada ya la defensa, sin víveres, sin municiones, sin agua. El generalísimo Franco, había dispuesto acudir en auxilio de los sitiados del Alcázar de Toledo, aunque para ello hubiese que abandonar—como se abandonó—otros objetivos de valor táctico decisivo, y sacrificando acaso la captura de Madrid. El 27 de setiembre de 1936, llegaban a Toledo las primeras fracciones de las tropas libertadoras, cuyas avanzadillas estaban constituídas por los regulares y la quinta bandera del tercio, al mando del dos veces laureado general Varela. Y el día 28, el propio general Varela llega hasta lo que restaba del Alcázar, de cuyas ruinas espantosas y deformes surgió un espectro, el coronel Moscardó, espectro que cuadrándose ante el superior, tambaleante de fatiga, dolor y sueño, cubierto de mugre, los ojos enrojecidos de tanto sufrir y penar y no dormir, dióle el parte de reglamento: "Mi General, sin novedad en el Alcázar."

Sin novedad los muertos y los heridos; sin novedad la angustia de muchos días y de muchas noches, las durezas indecibles de aquel diario agonizar y resistir; sin novedad el Alcázar derruído, volado, ametrallado, saltando a pedazos sobre sus cabezas; sin novedad el hambre, la miseria, la congoja infinita de horas y de minutos vividos solamente para Dios y para la patria, sin tregua ni deducción, bajo un cielo que se abre en cascadas de plomo y fuego, y una tierra que se parte estremecida por tremendas explosiones; sin novedad el cotidiano desgarrarse de carne fuerte y moza, comida por la gangrena, y el escondido llanto de las mujeres y el natural espanto de los niños.

Sí, sin novedad todo eso. Y es que para un soldado de verdad, mientras la bandera continúa al tope y la posición no se rinde, lo demás es transitorio, frívolo y vacío.

El esqueleto despadazado del Alcázar de Toledo, alzando la gloriosa desdicha de sus ruinas sobre la indolente curva del Tajo remolón, es y será por siempre jamás índice y cúspide del valor español, y ejemplo con sangre documentada de lo que puede el hombre, cuando le anima la fe en Dios y en la causa que defiende.

Tomado de "La España del brazo en alto". Págs. 153|162.

Nota complementaria sobre la residencia de Don Gonzalo Vázquez de Coronado

Por Tulio vor. Bulou D. Cs.

Con motivo del estudio que sobre el juicio de residencia que se siguió al Adelantado y Gobernador de Costa Rica, don Gonzalo Vázquez de Coronado, en el año 1604 y que fué publicado en el número anterior de esta *"Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica"*, recibimos una tan in-